

# las dos sombras

Las dos sombras caminaban cada vez más cerca. Durante varias horas se habían escuchado los pasos, los ritmos de la respiración acelerándose costosos en aquella carretera desierta. Por fin se unieron sin dirigirse un saludo, sin mirarse siquiera, estableciendo así un extraño pacto de continuar el trayecto sin separarse.

La noche iba lenta, imitando el fluir de la eternidad, y hubo un momento en que los dos hombres decidieron también sin palabras detenerse en un mismo lugar en el que quedaban restos de otros que habían acampado antes. Un pequeño cerro los protegía del viento, y, juntando unos

troncos ya cortados que se habían esparcido por el suelo, el más alto hizo una hoguera mientras su compañero se entretenía en desenrollar una hoja de periódico de la que sacó un gran mendrugo de pan y un maltratado pedazo de queso.

Pronto el fuego les obligó a sentarse muy próximos iluminando los rostros y haciendo que cobraran un aspecto fantasmal de máscaras. No pudieron evitar mirarse.

— Te conozco —dijo entonces el de cuerpo más pequeño—. Te llaman el resucitador porque tienes poder para resucitar a los muertos.

El otro hombre no respondió nada. Se limitó a llevarse a la boca, con un violento ademán, la comida que acababa de ofrecerle su compañero. Después sorbió un trago de agua con la misma ansiedad.

— Te conozco, sí —volvió a insistirle—, quién no conoce al resucitador en esta región, al profeta que a su paso va levantando los sepulcros. ¿Sabes quién soy yo?

— Sí —dijo al final con lentitud—; tú también eres conocido en esta región por todos.

— ¿Y no sientes miedo de compartir el fuego con un ladrón?, con el más famoso de los ladrones y de los asesinos? ¡Claro! cómo vas a tener miedo de mí si has vencido a la muerte tantas veces como yo he matado. En cambio yo sí siento miedo de ti —prosiguió con voz aguda—, miedo a que cualquier día de estos resucites a uno de esos, con los que saldé mi cuenta, y le de por esperarme en donde menos pueda imaginarlo. Desde que sé de ti no tengo paz. Has hecho que confunda el número de mis muertos, y ahora no me siento tranquilo en ninguna parte. ¿Cómo voy a pasear despreocupado por las aldeas sabiendo que tú me llevas la delantera?. Antes sabía en dónde me aguardaban con un cuchillo alerta, pero desde que tú apareciste todos los lugares pueden ser peligrosos, en cualquier casa cabe la posibilidad de que me esté esperando alguien para vengarse.

Su compañero había terminado con el pan, y buscó entre unos harapos algo que tenía reservado para el final. Era un membrillo envuelto en un plástico. Lo partió en dos mitades y le extendió una de ellas con la delicadeza de un rito. Luego comió con la mirada impassible, hipnotizada en las llamas.

La voz aguda continuó:

— No, no es que tenga miedo a los vivos. Esos no pueden hacerme nada. Lo que temo es la ven-



ganza de los que ya han pisado la muerte. Si sólo fuera una pelea no me preocuparía lo más mínimo. Yo con las peleas me arreglo. Lo hago mejor que nadie, al fin y al cabo estoy en mi elemento. Lo que temo es otro tipo de venganza, una venganza de muerto. ¿Sabes tú cómo se vengan ellos? Di, ¿lo sabes?

El que miraba el fuego pareció despertar. Volvió la cabeza y se encontraron sus ojos con los del asesino, que brillaban nerviosos y expectantes. Al fin respondió:

— Sí, y también tengo miedo. Y también temo su venganza. Toda esa multitud de lázaros que he resucitado me pesa tanto como si los hubiera asesinado a sangre fría. No eres el único al que buscan. Y sí, les tengo miedo. Tampoco yo me encuentro seguro en ningún sitio. Temo que lleguen ellos, que me atosiguen con sus preguntas, que pidan explicaciones imposibles haciéndome responsable de sus nuevas existencias. ¡Y pregunta si conozco sus venganzas! En cada pueblo hay un lázaro aguardándome, dispuesto a exigirme que yo mismo le mate.

El asesino le miró divertido:

— Entonces, ¿por qué lo haces? ¿por qué los resucitas si luego te pesa tanto?

— Por lo mismo que tú matas, para poder vivir. ¿Es que crees que lo hago por placer?

Pero el que mataba ya no le oía. Tenía la mirada fija en algún punto muy distante en el interior de sí mismo, en algún día remoto que pertenecía a su niñez. Debía ser su niñez porque la expresión que habían adquirido sus ojos no era sólo de nostalgia sino de una ingenuidad y ternura súbitas. Parecía que iba a echarse a llorar de un momento a otro, pero no lo hizo. Simplemente comenzó a hablar:

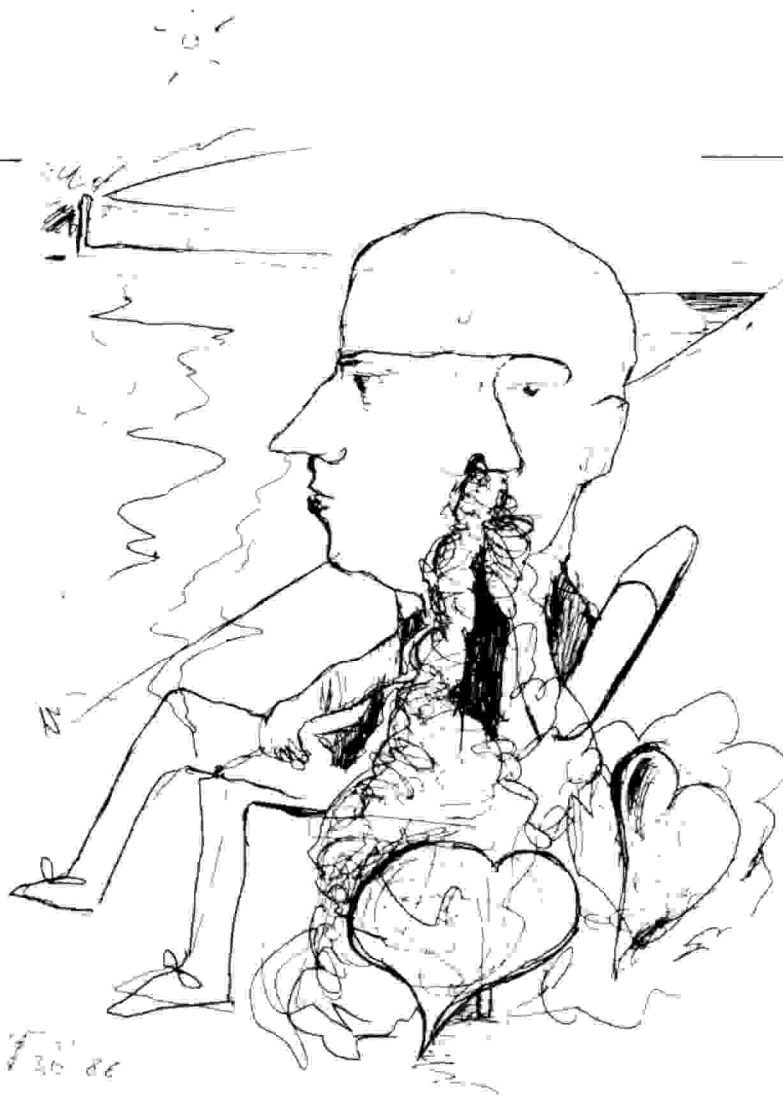
— Me ha venido a la memoria la primera vez que maté. Créeme, más que nada, fue por curiosi-

dad. ¿Qué era la muerte? Una tarde, cuando jugaba con otros niños, oí la voz de mi madre llamándome. Pero no acudí. Jugábamos a cazar pájaros, y el mayor de los muchachos mató uno con su honda. Rifamos aquel pajarillo y me tocó a mí. Aquella noche la pasé entera observando el pequeño cadáver. Lo tiré al suelo y no se movió. Le golpeé varias veces con una piedra: siguió sin moverse. Me enfadé y, agarrando la piedra aquella, machaqué el pájaro contra el suelo. Pero tampoco así conseguí averiguar qué le pasaba, qué sentía, qué era la muerte.

A la mañana siguiente pregunté al chico que lo había cazado. Le pregunté qué le pasaba al pájaro. "Nada —dijo—, que está muerto". Yo insistí. Quería saber qué ocurría cuando se morían. "No pasa nada. Se mueren. ¿Qué más quieres que pase?". Entonces decidí matar. Pero por curiosidad, ya te he dicho. Solo por curiosidad. ¿Qué era matar? Los otros niños decían que era divertido. Yo quería saber.

Así empecé con el perro. Pero no me gustó. No decía nada. Solo gemía y luego ¡plaf!, ya estaba muerto. Entonces se me ocurrió que si mataba a un hombre tal vez ... Y así comencé a ser el "asesino" y, cuando tuve varios muertos a la espalda, comprendí que el chico de los pájaros tenía razón: no les pasa nada. Simplemente se mueren. Pero cuando lo supe era tarde, no podía echarme atrás. Todos sabían que era un asesino y huían de mí. Y ¿sabes? Comencé a cogerles asco. A todos. A los hombres, a los niños, a las mujeres ... Me dan auténtico asco. Y ahora me divierte matar. Sobre todo cuando aún entienden. Les veo el miedo en los ojos, la babilla cayendo de terror. Y son capaces de cualquier cosa por salvar el pellejo.

El resucitador se estremeció un poco. Luego acercó las manos al fuego. Sus ojos, irritados por el humo, brillaban, y en la boca tenía una mueca parecida a una sonrisa.





aquellos que me habían acogido, y también de los que, inconscientes, deseaban que resucitara a sus desaparecidos. Tanto unos como otros necesitaban alcanzarme, y así fue como pronto me vi acorralado por una muchedumbre que se arrojaba a mis pies y peleaba por besar mis ropas.

Todos traían a sus muertos. Unos venían en camillas y tapados solamente con sábanas; a los revividos, en cambio, los conducían con cuerdas atadas al cuello, tirando de ellas porque se negaban a caminar, empujándolos con palos por miedo a tocarlos. Si, desnudos completamente, vendados los ojos, y amordazados, llevaban las familias a sus lázaros para que yo los devolviera a sus tumbas, como si no fueran ellos capaces de matarlos. Y los de las camillas también estaban esperando allí su más terrible desgracia, inmóviles, disfrutando aún la paz que querían arrebatárles los suyos.

Yo no sabía qué hacer ante aquella multitud, ante sus gritos frenéticos, sus maldiciones y sus lágrimas. Intenté sobreponerme, y lo conseguí en apariencia. Como dispuesto a satisfacerlos, les ordené que callaran. Pedí a los parientes de los resucitados que cedieran el paso a quienes aún deseaban la resurrección, de modo que los primeros, que eran los más peligrosos, estuvieran más distantes de mí. Cuando por fin me hallé cercado de docenas de cadáveres, comencé mi trabajo con la mayor rapidez posible. No tenía más que extender mi mano en todas direcciones, y los bultos que me rodeaban comenzaban a moverse. A medida que esto sucedía, mi mano abierta se lanzaba cada vez con más velocidad y menos dominio de sí misma. Se había desbocado, ya no me pertenecía, y tampoco me pertenecía ya mi cuerpo, que se agitaba convulso. Los cadáveres se levantaban en torno a mí, desenredándose de sus mortajas.

Y yo seguía, embriagado en mi propio poder, extendiendo los dedos al vacío, entregado a un placer que me abrazaba por den-

— Yo, sin embargo —dijo—, siempre he poseído esta extraña facultad, y creo que desde siempre lo supe. Cuando era un niño, mi madre se cuidaba de alejarme de los animales muertos. Con el tiempo había llegado a aceptar este poder mío, y lo tomaba como una fechoría más de su hijo travieso. Una vez mi padre tuvo que degollar tres veces un mismo cordero. ¡Je! ¡Y qué paliza me metió al final!, cuando vio que no estaba dispuesto a parar quieto. El mantenía que esta facultad la había heredado yo de mi abuela materna. ¡Mi padre, el pobre!

Cuando dejé su casa me dediqué a recorrer la región llamando de puerta en puerta, esperando encontrar alguien que necesitara mis servicios. Si me recibían en algún hogar, solía quedarme en él a lo sumo dos días, el tiempo máximo que me permitían demorar

mi labor. Llegaba el momento en que me obligaban a hacer uso de mi poder y entonces yo sabía que mi estancia en aquella casa había terminado. ¿Cómo iba a quedarme allí, en compañía de un muerto vivo, de alguien a quien yo mismo había sacado de la tumba? No podía soportar el que aquellos ojos me miraran después de lo que habían visto, después de que aquellas manos que ahora podían partir el pan se hubieran comenzado a descomponer bajo la tierra. Además en la mayoría de los casos los familiares del muerto se arrepentían de lo que me habían pedido, llegaban a horrorizarse de sus súplicas, temblaban de pánico ante su difunto y me odiaban, maldiciendo la hora en que oyeron hablar de mí.

Pues bien, ya había recorrido yo toda la región huyendo de

tro como si en mis brazos sostuviera una ametralladora. Los recién resucitados formaron una barrera a mi alrededor, y gracias a ella ya que habría venido la noche, conseguí escapar de la turba que me maldecía.

Bajó algo la voz y solo dijo:

— Creo que esa ha sido la única vez que he experimentado algún placer.

Terminó de hablar y aún el otro hombre le estuvo observando fijamente durante un rato, callado, como si esperara que confesase algo más. El fuego para entonces ya se había consumido, y solo quedaba alguna brasa que otra despierta entre el montón de cenizas. Después ellos, sin decirse nada, también decidieron dormirse.

Tumbados ya, se miraron largamente.

— Prométeme que no me dejarás morir —dijo el ladrón—, que nunca me dejarás en manos de mis muertos.

— Y tú, dame tu palabra de que matarás a todo aquel que venga a pedírmelo.

Así quedó establecido su pacto. Luego durmieron.

En cuanto empezó a amanecer los dos hombres reemprendieron su marcha. Sin hablar, sin mirarse siquiera a los rostros.

Los caminantes, que se cruzaban, les reconocían y se alejaban enseguida. Pronto corrió el rumor por todos los pueblos de la región. Y los ricos se preguntaban indignados cómo el resucitador podía negarse a compartir su mesa y permitía sin embargo que un asesino, como aquél, le siguiera.

INAKI EZQUERRA



## LA NOCHE DE MOLLY BLOOM

(Variación escénica sobre un fragmento de *Ulyses*, de Joyce)

*Magü se ha asomado a una ventana  
a respirar su cuerpo,  
a ver sus arrugas.*

*¡Qué canto el de sus piernas,  
el de su pecho asombrado!*

*Rizos en su voz. Mariposas  
sonámbulas en sus ojos.  
Olas en sus caderas.*

Santander abril 85

MANUEL BORES